

Excusiones Arqueológicas

Antonio Perpiñá, 1886*



Sierra de Cubitas, Camagüey

LA CUEVA DEL CÍRCULO

Preliminares - Cueva de San Antonio - Primer salón del Círculo y vista del Anfiteatro - La Velería y contiguos salones - Salón de los Murciélagos. El Niágara - Salón de los Escolapios - La Pirámide y contiguos salones. El Paraíso - Contiguos salones - Gran Túnel de Atuéy.

La Isla de Cuba, esa reina de las Antillas, esa perla del Atlántico, ese rico florón engastado en la corona imperial de Carlos V; ese país tan delicioso por sus brisas y su cielo, como favorecido por la exuberancia de sus hermosas campiñas; no podía carecer en su vastísimo seno de multiplicados portentos de la rica naturaleza. En el Camagüey es, quizás, en donde se ostentan con más profusión las maravillas geológicas, los grandiosos monumentos de la prodigiosa creación.

Sí: no creáis sea necesario salir de este hermoso país, y surcar el piélago salado, y recorrer naciones extranjeras para presenciar tales grandezas. No creáis sea la única maravilla el salto del Niágara situado entre el lago Erie y el Ontario; aunque con su pavoroso estruendo anuncie á las vecinas comarcas la cosa más sorprendente por sus habitantes presenciada. No creáis sea la única maravilla el Etna airado en Sicilia, ni el

Hekla en las cordilleras de la Islandia; aunque con sus erupciones temibles amenacen consumir los valles y los bosques, y sepultar con su lava los pueblos más remotos.

Tampoco es la única maravilla la gran gruta de Pausilipo en los promontorios de Nápoles, ni la de Saffa en las islas Hébridas formada de columnas prismáticas de basalto y parecida por su regularidad á uno de los monumentos arquitectónicos. No; no son esas y otras, que con vivos colores nos pintan los extranjeros, las únicas maravillas. Tiene también Puerto Príncipe algo de que gloriarse; tiene grandes rarezas de la bella naturaleza en su misma jurisdicción, y á pocas leguas de la Ciudad; tiene, sobre todo, la Cueva del Círculo de Cubitas, más grande y más admirable que las célebres grutas de Saffa y de Pausilipo. De tan grandiosa cueva hablaremos en primer lugar, dando minuciosos detalles por haberla visto y recorrido.

PRELIMINARES SOBRE LA CUEVA DEL CÍRCULO

En una de las lomas de Cubitas, situada en el Barrio del Cercado, se halla una cueva admirable; un magnífico y grandioso palacio sumido en la misma región del silencio y de las tinieblas. Me complazco en recordar al público de Puerto Príncipe el nombre de uno de sus hijos; el nombre del benemérito D. Pedro Rodríguez y Socarrás, como descubridor de esa maravilla; de ese monumento portentoso, que nunca dejarán de admirar los hombres del siglo en que vivimos, ni los que vendrán, en el más remoto porvenir. Hablemos del camino que á ella nos conduce.

A la vez que el viajero atravesía uno de los prados ó dehesas que hay en el delicioso potrero de la familia Fernández, dejando el camino que conduce á los Cangilones á la parte opuesta, viene acercándose á la falda de una loma perteneciente al mismo terreno, y en donde se halla el objeto de nuestra descripción.

Si delicioso es el verde prado, más deliciosa se presenta la loma ó pequeña montaña. Los árboles que allí se levantan son altos y frondosos. Forman grupos los más pintorescos, enlazando sus troncos con los blancos peñascos sombreados por el espesor del verde ramaje. Diríase que aquello es un preludio de las maravillas que el fatigado caminante está próximo á presenciar.

A cada paso se le presentan nuevos grupos que le distraen con placer. Pero, no

bien habrá subido medio cuarto de hora, cuando de repente se interrumpe la subida, y se vislumbran al través de los árboles peñas enormes, peñascos verticalmente cortados y de extraordinaria elevación. Todo aquel grandioso cataclismo no es otra cosa que un caos informe de soberbias rocas de caliza, con su contenido de magnesia y óxido de hierro, manifestado en algunas capas y oscuros delineamientos.

Al llegar allí, interneme; y aun traspasé los árboles del sombrío patio; pero, apenas llegué á una distancia ventajosa para presenciar lo que anhelaba, mi vista quedó enclavada en aquellos riscos sorprendentes; mis facultades se hallaron como embargadas. No me hubiera cansado de mirar aquella fachada grandiosa; fachada que calculamos tendría algunos 80 metros de elevación por 70 de ancho.

Desde el mismo lugar, admiré igualmente cierta concavidad profunda y de dimensiones colosales; concavidad que viene en medio de la fachada, y su arco ó bóveda prolongada llega como á la mitad de su altura. Representa exteriormente, pero de un modo grandioso, á uno de aquellos pórticos ó vestíbulos que forman la entrada de las suntuosas catedrales.

Mientras así ocupado me hallaba en contemplar los riscos, el pórtico y otro pequeño boquerón situado á la derecha del observador; oí la voz sonora de mi amigo D. Pedro Rodríguez, que decía: -á la Cueva, Señores: encendidas se hallan nuestras cuabas (1).

(1) Cuaba. Hacho ó haz de teas resinosas del árbol cuaba, que da una luz excelente; blanca y perenne.

CUEVA DE SAN ANTONIO

La curiosidad me había conducido al lado de don Pedro para preguntarle: -¿qué novedad veremos ahora, amigo?

-La Cueva de San Antonio -respondió el amable Guía- viene á ser como el salón de visitas ó de recibo de la del Círculo, y el boquerón mencionado es su entrada.

Penetramos todos por el boquete con ánimo de ver un hermoso recinto que, por estar dedicado al nombre de mi glorioso Santo, aspiraba á que fuese el más interesante. Pasado aquel pequeño túnel, que tendrá unos 7 metros de largo, entramos en un salón tan espacioso, que la luz de las antorchas era muy débil para alumbrarlo. Sus pálidos reflejos, llegando apenas á la inmensa bóveda, parecían alumbrar mortuorios lienzos. Avanzando más y más, nos creímos haber entrado en un grandioso templo: Las paredes laterales las veíamos largas, elevadas y casi paralelas; á la vez que el puntal de la bóveda era sumamente atrevido. En su piso no se hallaba piedra alguna; tenía sí un suave declive.

Una de las cosas que más me llamaron la atención en aquel lugar solitario, fue un promontorio ó eminencia, en cuya cumbre estaba levantada una roca que vista al través de la escasa luz que entraba por un óvalo de la fachada, presentaba de perfil las formas de una verdadera estatua parecida á la imagen de un santo. He aquí porque esta cueva se llama de San Antonio.

Incitado todavía más por la curiosidad, sin atender á que los demás compañeros habían salido del salón, me quedé solo para recorrerlo. Llegando hasta el extremo, me pareció muchísimo más extenso. La roca levantada frente del óvalo, la veía realmente como una imagen en medio de un elevado camarín. Internado como estaba, el silencio y la oscuridad me imponían; sin embargo, reanimándome, registré hacia el fondo y, atisbando, observé otro boquerón: dirigíme y penetré en él. Profundo era el silencio, y la oscuridad espantosa.

La luz de mi antorcha se parecía á la débil luz de una linterna en manos de un carcelero cuando recorre las mazmorras y cárceles subterráneas, suplicio de grandes criminales. Aquello me asustó. Vime solo y en profundo silencio dentro de aquellos calabozos. Sólo se percibía un ruido monótono, como el de un torrente cuyas aguas se desploman en horrendo precipicio. Interneme más y más en las tinieblas; pero, á poco recordé que mi atrevimiento podía perderme, y retrocedí.

No queriendo salir de aquellos lugares sin haber visto lo posible; dirigíme al promontorio de la Estatua, subiendo por allí y tropezando á cada paso contra las rocas y piedras desplomadas. Llegaba ya á su cumbre, cuando sentí rodar sobre mis espaldas un objeto, blando, como envoltorio de lienzo. Vivamente impresionado por aquel golpe inesperado, volví la cabeza y nada vi, más que peñas como estatuas, envueltas entre

sombra y tinieblas. Temí, entonces por un momento; pero, entre miedo y coraje, osé dar tal mirada á las estatuas, como para reprenderlas y decirles: ¿sois acaso vosotras las que asustáis al curioso viajero, deseoso de escudriñar estas soledades, porqué interrumpe el profundo silencio que os han legado los siglos? Determiné marcharme; pero, habría andado como seis pasos, cuando sentí contra mi frente el choque de otro cuerpo extraño. Entendí había sido un murciélagos.

¡Vosotros sois, malandrines avechuchos! —repliqué entonces con desdén— Vosotros sois los que pretendéis asustarme; pero, os digo, que sois indignos de vivir en estos espacios, por estar dedicados al nombre de un gran santo. Al decir esto, escurríme entre las rocas del promontorio, y pasando el largo boquerón, vi luego la luz del sol y junteme con los amigos.

PRIMER SALÓN DEL CÍRCULO Y VISTA DEL ANFITEATRO

Estaba todo dispuesto para la excursión subterránea por la grandiosa Cueva del Círculo, cuando salí de la de San Antonio. En dirección al pórtico mencionado, hallamos aquel piso muy revuelto: enormes rocas se veían desplomadas de la bóveda, manifestando el trastorno que el mundo experimentara un día. Era preciso andar con cuidado, para no dar un resbalón y estrellarse.

Nos íbamos internando, y bajando siempre hacia nuestra derecha, cuando al llegar á un callejón ó paso estrecho, oímos al Sr. Rodríguez que nos decía: -Señores, anden despacio y con mucho tiento: este es el único paso peligroso que tiene la cueva. En efecto; advertí una grieta oscura y muy profunda á nuestros pies; pero, sosteniéndonos con la misma roca que se prolongaba sobre nosotros, llegamos hasta el extremo en que se veía arrimada una improvisada escalera.

Parado yo allí por un momento, admiré la inmensa localidad que tenía á mi vista. A mi lado veía la temible grieta; y á un paso de frente, un precipicio en cuyo fondo me pareció ver la redonda plaza de un toril. Bajamos uno tras otro aquella escalera descomunal, cuya longitud sería de 9 metros. Apenas pusimos los pies en piso firme, cuando cesó nuestra zozobra. Indecible fue la sorpresa que nos causó el salón que estábamos presenciando. ¡Qué espacios tan inmensos!, ¡qué regularidad en sus formas!, ¡qué bóveda tan elevada y sorprendente! Desde el arranque del piso, llano y ovalado, se

elevan majestuosamente graderías boceladas y tiradas á lo largo del salón, cuya posición topográfica es de Suroeste á Noroeste. Subí por aquella vasta gradería; y elevado en aquel espacio grandioso, me figuré contemplar el Anfiteatro Romano; aquel famoso monumento destinado á presenciar bárbaros y sangrientos espectáculos.

Habiendo bajado de la gradería, dijeronme López y Bustamante: -Vemos, amigo, que le gusta mucho este salón, que V. dice parece al Anfiteatro.

-Así debía llamarse, -contesteles.

-Ya está bautizado: ¡el Salón del Anfiteatro! -dijeron todos los de la comitiva.

-Pero, ¿saben Vdes., señores, las dimensiones de este grandioso espacio?
-preguntó D. Pedro Rodríguez.

-Lo ignoramos; -contestó uno.

-Pues sepan Vdes. que está medido por mi mismo, así como los restantes 24 salones descubiertos en esta cueva, y tiene: 49 metros de largo, 20 de ancho y 40 de elevación.

-¡Adelante! -gritaron algunos: -Las cuabas están encendidas y nada falta.

Abandonado el Anfiteatro, cogimos á nuestra izquierda, en dirección de Este á Oeste, y bajando una gradería bien formada, encontramos el salón llamado de la Estatua. Así es considerado por hallarse en él una roca levantada, que destacándose de entre las sombras, presenta de perfil la figura humana envuelta en blancos y anchurosos ropajes. Las dimensiones de este salón, que corre de Noroeste á Sureste, son notables. No bajan de 68 metros de largo, 28 de ancho y 12 de elevación. Saliendo de él y doblando á la derecha, encontramos otro salón llamado El Doblón, por haberse encontrado allí dicha moneda.

Después de este recinto de reducidas dimensiones, hallamos otro, nombrado la Vigía. En su fondo elevase una lomita, desde donde se descubren espacios inmensos. Vese desde allí un laberinto de ramales y grandes profundidades, envueltas en las

tinieblas, que la luz de las antorchas y de las cuabas es impotente para disipar.

Desde la citada eminencia se viene bajando, y se halla el salón del Resbaladillo. En su elevadísima bóveda se halla el más sorprendente de los arcos, llamado Arco Triunfal.

Quedé estático al contemplar tamaña elevación. En ningún templo, ni en las grandiosas basílicas de la Edad media es posible hallar prodigo igual. Tiene todas las condiciones de un arco bien construido. ¡Ah! ¡con qué arrojo y esbelteza se levantan sus columnas! ¡Con qué perfección describe por los aires sus dos curvas ogivas! El mejor arquitecto se quedara atónito en su presencia. Hallándonos en frente de este pasmoso rasgo de la naturaleza, vimos á nuestra izquierda grandes salones y localidades que, por ofrecer mucho peligro su inspección, no recorrimos.

Abandonados los peligros, nos dirigimos á nuestra derecha y entramos en otro salón, llamado la Fuente. Hay allí un depósito de cristalinas aguas; pero, ¡con qué lujo está este depósito! Se ostenta entre columnas y stalactitas transparentes y brillantes, formadas con el descenso é infiltración de las purificadas aguas. Al través de esas columnas, se descubren otras grandes y hermosas localidades.

Acabábamos de apagar nuestra sed con el agua cristalina de aquella fuente inolvidable, cuando nos dijo el Sr. Rodríguez: -Amigos, será preciso volver atrás para bajar el Resbaladillo.

-¡Al Resbaladillo! -gritaron varios de la comitiva.

El piso formaba un plano inclinado, arcilloso, húmedo y algo resbaladizo. Los dos primeros bajaron sin novedad; pero nuestro Mantillas, viendo la conveniencia de registrar cuevas por camino tan expedito, nos dijo: -Caballeros, ¿saben Vdes. á lo que me parece este resbaladillo?

-Al declive de un anchuroso paseo, -dijo uno.

-Poco acertado; -respondió él. -A mi se me figura una de aquellas espaciosas rampas de los famosos castillos, dispuestas para bajar a las caballerizas y cuadras

subterráneas.

-Tiene V. mucha razón, -contestamos todos.

Satisficho entonces el Mayoral con nuestra aprobación, empezó á bajar; pero, apenas había andado dos pasos, cuando de repente, resbalando de un pie y perdiendo el equilibrio, se fue rodando por la famosa rampa del castillo. Llegando al fin de su carrera, vino á dar dos tan grandes manotadas en el arcilloso pavimento, que hizo resonar las concavidades subterráneas. Este fue el lindo modo de bajar Mantillas, soñando en sus caballerizas.

LA VELERÍA Y SALONES CONTIGUOS

Sigamos adelante para admirar uno de los salones más sorprendentes, La Velería. Es por demás raro hallar reunidas en las entrañas de la tierra, en la región del silencio y de las tinieblas, tantas maravillas.

Es cosa admirable ver como la humilde gota, que purificada, desciende de aquella bóveda de preciosidades, va formando la stalactita más blanca que el mármol, y más transparente que el pulido alabastro. Es cosa admirable, repito, ver, no una simple bóveda, sino un artesonado ricamente adornado y embellecido de preciosos festines, de colgantes stalactitas labeadas de filigrana, brillantes como el coral y los diamantes.

Con la luz de nuestras antorchas, todo resplandecía como si estuviera cuajado de esmeraldas y rubíes. No nos cansábamos de mirar aquel salón de maravillas. Debajo de estas mismas filtraciones cristalizadas, que caprichosamente se extienden hasta el pavimento, se halla un manantial de sabrosas aguas, frescas como la rosa de la mañana y transparentes como el cristal. Es verdaderamente aquello un palacio encantado, un rasgo sublime que fascina y embarga las facultades del viajero observador.

Al salir de este salón de La Velería, de algunos 18 metros de largo y 12 de ancho, admiramos otro portento de la naturaleza; una gran columna dividida y algo separada por mitad que, parte se levanta del pavimento, y la otra desciende de la bóveda sin llegar á juntarse. Sorprende tanto su elevación como su enorme corpulencia. ¡Qué labores tan exquisitas! ¡Qué brillantez en sus lienzos cristalizados y en sus florones de filigrana! Ni en los más suntuosos edificios es posible ver semejante maravilla. Parece el apoyo

constante de bóvedas colosales, pero no es así; el acaso, ó mejor, la Providencia, se ríe allí del arte.

Pasamos adelante y hallamos el salón de la Cascarilla, cuyas dimensiones son: 15 metros de largo, 5 de ancho y otros tantos de elevación.

-¿Por qué se dió el citado nombre á este salón? –pregunté al Sr. Rodríguez.

-Por la cascarilla que estamos pisando; -respondió el amigo. En efecto; observé que el suelo estaba formado de cierto salitre. Pedazos había que se deshacían en polvo muy fino, pero había otros, adelantados en la cristalización, con brillantes prismas de diferentes formas y dimensiones. Eran transparentes como el alabastro y la cornerina, y más lucientes que el mármol bruñido.

-¿Y para qué sirve esta blanca cascarilla?

-Se dice que es excelente para limpiar la plata y demás metales, -habló D. Pedro; -y aun se asegura, que para hacer desaparecer lunares es á propósito.

-¡Preciosidades! -exclamó el célebre Pacheco. Para mi no hay salón más interesante.

SALÓN DE LOS MURCIÉLAGOS. EL NIÁGARA

Volviendo atrás, y cruzando el salón llamado Chiquito, doblamos luego por la derecha para subir de frente una eminencia y admirar las dimensiones de otro lugar inmenso. Era el Salón ele los Murciélagos. ¡Qué espacio tan largo y grandioso! Su bóveda es atrevida y extraordinariamente elevada. Todo su piso está inclinado, como si condujera á un precipicio.

-¿A qué viene ese ruido?, -dijo en alta voz Galafre.

-¿Corre, señores, por aquí algúin caudaloso río?

-Miren, Vdes., aquella infinidad de aves por aquellos espacios elevados, -contestó Rodríguez.

-¡Cáspita!, ¡cuánto malandrín!; -dijo entonces Silvio López, y cogiendo una piedra, arrojola con toda su fuerza á lo más elevado de aquella inmensa bóveda, que estaba cubierta de raros murciélagos. Otros le imitaron, pero aquello fue un pasaje que puede calificarse de serio, de divertido, de mágico y sorprendente. Fue tanto lo que se alborotaron aquel millón de aves nocturnas, que con el batir de sus extendidas alas producían sobre nuestras cabezas un ruido monótono y espantoso. Cruzaban en todas direcciones como atónitas y sorprendidas, viendo luces en aquellas moradas de noche eterna. Eran como repugnantes figuras de pequeños monstruos recorriendo aquellos espacios solitarios. La proyección de su sombra, causada por nuestras antorchas, hacía que parecieran fantasmas perdidos por aquellas inmensas bóvedas.

Todo era raro. Si alguna: caía al suelo, por haber recibido algúin golpe; despedía tan agudos chillidos, que se oían allí de un modo extraño y conmovedor. Todos estábamos agitados por la pelea, hasta que se aplastó en las narices del Sr. Bustamante una de aquellas alimañas.

-No quiero más pelea; -dijo en tono serio el Abogado.

-Pues, bien: cese la descomunal batalla; -añadió Mantillas.

No bien terminaba este episodio, cuando uno de los ayudantes del práctico, que estaba luchando todavía con la cuaba, dió tal resbalón, que tropezando con López, le encendió parte de su larga melena, achicharrándole el occipucio.

-¡Es V. desgraciado, señor guitarrista! -le dijo el Sr. Rodríguez. -Siento el infortunio de los músicos.

Recordando las dimensiones de este salón de los Murciélagos, dadas, como todas las demás, por el Descubridor de la Cueva, son: 50 metros de largo, 25 de ancho y 20 de

elevación.

Visto este grandioso departamento, fuimos al salón del Niágara, cuya longitud es respetable. Bien merece tal denominación, dicha localidad, por contener uno de aquellos derrames ó cascadas sorprendentes, en cuya contemplación se queda atónito el curioso observador.

A imitación del agua cuando se desploma en un precipicio, forma sus chorros brillantes, tan parecidos al natural, que uno cree presenciar, más bien un torrente que se precipita; que no petrificaciones de sustancias cristalizadas.

Al llegar á este recinto sin salida, volvimos al salón de los Murciélagos, y doblando luego á la derecha, y bajando á un tiempo, encontramos el salón Olleta notable, no por su magnitud; sino por un portal elegantemente formado, que sirve de entrada para la inspección de otro departamento superior en hermosura á cuantos hemos descrito.

SALÓN DE LOS ESCOLAPIOS. LA PIRÁMIDE

Viéndonos juntos el Sr. Rodríguez, nos dijo: -¿Ven Vdes. ese portal construido con ricas columnas? Entremos, pues, por él; y hallaremos preciosidades. En efecto: el Salón de los Escolapios es un salón de maravillas. Es un palacio donde prodigó la naturaleza todas sus bellezas; es un palacio de las hadas, que con el resplandor de nuestras cuabas, quedó iluminado de un modo sorprendente. Cuantos caprichos puede el arte concebir en sus primores; cuantos delirios la inspiración soñar; y cuantas visiones pueden bullir en la mente del sabio artista; todo, todo está allí aglomerado bajo de aquellas bóvedas admirables; bajo de aquellos artesonados de estalactitas de filigrana, cubiertas como en polvo de oro y plata.

Sus brillantes paredes estaban adornadas con galerías paralelas y equidistantes, distribuidas en infinidad de ricas ventanas adornadas y sostenidas de pilares; pilares que imitan en su gracia al estilo gótico, al arabesco, y á cuanto hay de primoroso en la bella arquitectura. ¡Oh! Admirable y grandioso es ver en aquella región del silencio y del olvido tantas maravillas. Numerosas y elegantes columnas estaban adornadas con delicadas molduras y relieves de gran primor. Unas iban serpenteando, otras artísticamente seguían rectas hasta llegar á la bóveda que sienta sobre ellas su

artesonado de brillantes rosetones. Todo contribuía á nuestra admiración. Era que estábamos viendo la más rica, la más espiritual de las arquitecturas; la arquitectura de la bella naturaleza, cuyo autor es el Artífice Supremo, el mismo Dios.

Estábamos en estas preciosidades muy embebidos, cuando el Sr. Rodríguez nos interrumpió diciendo: -Quiero, amigos, que este salón se llame, Salón de los Escolapios, á causa de lo muy celebrado por dos de dichos señores, entre ellos, el más simpático de todos los aragoneses, aquel distinguido orador tan conocido en Puerto Príncipe, mi querido amigo, Rdo. P. Blas Gómez .

-Bien calificado, -respondió con entusiasmo la comitiva.

-Sí: iy quién no celebrará un rico palacio, en donde se contempla la decoración más sublime de la naturaleza trazada con exquisito primor! ¡Dónde se ostenta un rasgo sorprendente de la omnipotencia de Dios, de su belleza y sabiduría infinita!

Voy á referir la más tierna de las escenas, -continuó diciendo el noble Práctico. -Hará como cuatro años que vino á ver esta Cueva del Círculo un gran señor. Creo sería inglés. Era un sabio naturalista que había recorrido gran parte del Globo, deseoso siempre de ver preciosidades. Pero, ioh amigos! Fue tal la sorpresa que le causó este salón que, al verlo bien iluminado, no se cansaba de mirarlo. Aquí se proveyó muy solícito de varias estalactitas y piedras brillantes que, envueltas en finos papeles, las depositaba en cajitas a propósito.

Más, después de lo referido, se quedó como estático aquel extranjero; y cuanto más observaba y volvía á observar, más admirado se le veía. Después de permanecer un rato como inmóvil, me pidió por medio del intérprete si quería aguardarle para cantar un himno de alabanza al Dios de todo lo criado. Yo le respondí, que para cantar á Dios, le aguardaría el tiempo que quisiera. Empezó á cantar aquel extranjero inolvidable. Pero, iqué modo de cantar! iqué voz tan fuerte, llena y sonora! iqué gusto y estilo en el canto! Aquí se vió á un hombre conmovido y arrebatado por el entusiasmo y la admiración. Hacía resonar estos espacios solitarios de un modo sorprendente. No parecía sino que otros famosos cantores, repitiendo sus bellos acentos en los contiguos salones, se proponían trasmitirlos con ecos sonoros hasta los más remotos confines de todas esas bóvedas monstruosas. ¡Oh amigos! Fue este un pasaje arrebatador. Fue tal la conmoción de mi alma, oprimida por la sensibilidad y la ternura, que haciéndome

traición las lágrimas, no pude menos que llorar. -Hasta aquí el Sr. Rodríguez.

Saliendo de este Salón ele los Escolapios, que mide 41 metros de largo, 25 de ancho por 18 de elevación; seguimos en dirección recta, y encontramos un inmenso recinto en cuyo fondo divisamos una pirámide enorme. Era del todo blanca, y sus dimensiones colosales. Se levanta allí tan arrogante, que manifiesta pretensiones de apoyar con su atrevida cúspide aquella bóveda extendida. Me pareció uno de aquellos panteones erigidos para perpetuar la memoria de los hombres célebres.

Al salir de este salón, llamado de la Pirámide, pasamos directamente á la parte opuesta y vimos una localidad que, si bien era capaz y su bóveda muy elevada; sin embargo, no ofrecía atractivo alguno. Era el Salón del Purgatorio.

Siguiendo camino, y doblando á nuestra derecha, encontramos otro espacio muy grande, en cuyas boceladas paredes divisamos dos boquerones temibles. Nos sorprendió ver entre tinieblas, y en lo más apartado, dos enormes bocas que remedaban en su repugnante aspecto las fauces de dos grandes monstruos dispuestos para tragarnos. Su oscuridad resistía toda luz; pero, acercándonos lo posible, vimos que aquellas dos bocas tenían la construcción de hornos perfectos. ¡El Salón de los Hornos! fue llamado entonces con voz unánime aquella localidad, cuyas dimensiones no bajan de 33 metros de largo, 21 de ancho con 27 de elevación. Tomando rumbo hacia la derecha, hallamos un salón llamado Sacristía, sin otra particularidad, que la de encontrarse allí otras dos fuentes de agua cristalina.

EL PARAÍSO. SALONES CONTIGUOS

La pureza y gusto exquisito de los dos mencionados manantiales eran el objeto de nuestra conversación, cuando oímos la sonora voz de nuestro Práctico.

-¿Saben ustedes, Señores, -nos dijo- porque tiene este salón el nombre de Sacristía? No por otro motivo, sino por sus dimensiones reducidas, y por ser el antesala de un templo riquísimo. Nos hizo entonces seña para que le siguiéramos, conduciéndonos por un paso estrecho, el cual terminado, nos hallamos dentro de una mansión admirable.

iAh! iqué salón tan sorprendente! Debería renunciar á su descripción; porque seria preciso otra pluma mejor que la mía para dar una pequeña idea de su riqueza, hermosura y magnificencia. Quedamos como atónitos al contemplarle. Moví con prontitud la cabeza y á un tiempo abrí los ojos para despertarme de lo que me parecía un sueño. Mis compañeros estaban igualmente como extáticos, y reinaba entre nosotros el silencio de los sepulcros.

Por todas partes estábamos rodeados de portentos de la naturaleza: lo que veíamos era un palacio formado de piedras preciosas. Allí veíamos reproducida la magnificencia de otros salones; pero, con tanta prodigalidad, que pasmaba y arrebataba nuestras facultades. Veíamos su grandiosa bóveda sostenida en parte por esbeltas columnas, transparentes y de gran primor. No son otra cosa aquellas columnas, sino grandes stalactitas que en su descenso prolongado han venido á juntarse, andando los siglos, con las stalagmitas que majestuosas se levantan del blanco pavimento.

Véñese después allí en magnífica abundancia, y entre estas mismas columnas, otras stalactitas grandes y de diversos tamaños. Varias están enlazadas como en blondas de gran primor; formando todo un conjunto de ricos y elaborados florones con hermosos follajes de coral y de filigrana. Veíamos después, más allá, extensos cortinajes de colores cambiantes; rosado, azul y verde; cuajados de esmeraldas y rubíes. Todo tiene allí tal transparencia, que compite con el más puro alabastro.

Presenciamos igualmente allí la perspectiva de una de aquellas grandes y extendidas cascadas, que majestuosas se desploman en el abismo. Imita tan perfectamente á la realidad, que engañado el curioso viajero, evita su proximidad, temiendo quedar sumergido y envuelto entre las olas de aquel salto sorprendente. El mérito de aquella cascada no sólo consiste en la exactísima naturalidad en su desplomo; sino igualmente en la brillantez indecible de sus mismos derrames: y, no sólo en esa misma brillantez que pasma; sino en sus vivos y subidos matices que admirran.

Sí: todo es allí sorprendente. En el pavimento se está formando como uno de esos árboles llorones, adorno de monumentos fúnebres. Al parecer, viene abatiendo é inclinando sus ramas como si llorara su perpetuo encierro dentro de aquellas lóbregas soledades. La bóveda, extendida y elevada, despidé mil reflejos, como si estuviera sembrada de brillantes estrellas esparcidas en un firmamento misterioso.

¡Ah! Todo es bello y grandioso: es de un gusto superior al estilo corintio, al gótico y al árabe; porque es de un gusto divino; gusto que viene pregonando la infinita belleza del Ser Supremo. Es aquello un conjunto prodigioso formado de joyas y piedras preciosas que elevan el alma al Creador. Sumamente conmovido, en un rapto de imaginación invoqué á los ateos para que postrados delante de aquel trono de brillantes resplandores, confesaran la existencia del Dios de las bellezas y de todo lo creado. Sí; quede abatido y humillado el hombre incrédulo, soberbio y orgulloso, al contemplar las maravillas de Dios; los sublimes rasgos de su sabiduría y poder infinito.

-Permítanme, señores, -dije al despedirme de aquel precioso palacio- permítanme que dé su nombre á este bellísimo recinto y le llame, Salón del Paraíso.

-Así se llamará, -respondieron mis compañeros.

-¡Viva el Paraíso! -añadieron con entusiasmo.

Contemplando ese raro monumento, volvimos hacia atrás; y al llegar á los Hornos, doblamos á nuestra derecha para ver otro recinto, que poco ofrecía á nuestra curiosidad. Era el Salón del Limbo.

Más adelante, siguiendo de frente, encontramos otro departamento que me pareció muy extenso. Era larguísimo, y tenía un ancho proporcionado. Enteramente blanco como el mármol, su bóveda se nos presentó como un dilatado y perfecto cielo raso, por cuya circunstancia fue calificado con este nombre. Sus dimensiones no bajan de 42 metros de largo por 24 de ancho.

Hallados en este grandioso espacio, no seguimos, sino que volviendo atrás dos estaciones, doblamos á nuestra derecha para pasar un prolongado callejón. Era tan largo, que nos figuramos recorrer uno de los corredores de la Roma subterránea, de las silenciosas Catacumbas.

Pasado este corredor, hallamos un salón de reducidas dimensiones, llamado El Descanso. Sus paredes presentan un color nada parecido al de las rocas de lugares sombríos, sino como inventado por el arte; como si un hábil pintor hubiese combinado

el blanco y el rosado.

Estábamos cansados de tanto caminar por aquellos inmensos subterráneos. Habíamos casi olvidado la luz del sol, y al parecer, no conocíamos otra que la de nuestras cuabas y antorchas, impotentes muchas veces para desterrar las densas tinieblas de profundidades espantosas.

A medio andar seguíamos á nuestro Práctico, cuando al llegar á un punto sin salida creíamos haber terminado nuestros descubrimientos. Viéndonos parados el Sr. Rodríguez, dijo sonriendo: -Sigan Vdes., señores.

-¿Por dónde hemos de pasar? -dijimos. -¿Tenemos acaso el don de sutileza?

-No podemos perdernos, -contestó; y al mismo tiempo desapareció por encanto de nuestra vista, como si se desplomara en un abismo desconocido y abierto á sus pies.

Nos adelantamos entonces, y vimos que todavía estaba balanceando su cuerpo, bajando un pozo estrecho y sumamente oscuro.

Apenas llegó al fin de aquel pozo temible, nos dio un grito para que bajáramos. Su voz, perdiéndose en el extenso subterráneo, nos pareció la voz de un moribundo que está próximo á espirar. Nos miramos unos á otros como para consultar la resolución que debíamos tomar.

Mantillas, el más animoso, dijo: -Caballeros, por donde ha pasado un hombre, bien puedo pasar yo, que también lo soy.

-Esto me gusta, amigo, -habló Bustamante. Bueno es que seas hombre de valor, y nos des ejemplo.

El impávido mayoral, aunque con pies de plomo, empezó á bajar por aquel profundo hoyo, que puede llamarse pozo del miedo. Fuimos después bajando todos, uno en pos de otro.

GRAN TÚNEL DE ATUÉY

La sorpresa se apoderó de nosotros al poner los pies en 'piso tan llano como firme, y viendo el más prolongado de todos los salones. Con la reunión de todas nuestras luces no podíamos disipar las sombras, ni distinguir las concavidades de su fin apartado. A medida que íbamos adelantando en aquel prolongado antro, nos parecía haber llegado á la Gran Bretaña recorriendo el Túnel de Londres.

Un país encantado me pareció aquel extraño subterráneo. Estoy cierto que ninguno de nosotros hubiera vuelto á ver la luz del sol, ni el ameno campo de Cuba, si el Sr. Rodríguez, como buen práctico, no nos sacara de aquella región del silencio y de tinieblas eternas.

Llámase este departamento Salón de Atuéy, no por otro motivo sino porque siendo el más espacioso y retirado, se supone que fué habitado por Atuéy, cacique dé los indios, que después del descubrimiento de la isla vino de Santo Domingo para sublevarlos contra España. Es más probable que jamás hombre alguno habrá vivido en aquel apartado recinto subterráneo, que con mayor propiedad puede llamarse Gran Túnel Solitario.

Cuando nos hallábamos en lo más adentro del vasto laberinto, dijo el Sr. Rodríguez:

-¿Saben Vdes., señores, cuánto distamos de la entrada de estas cuevas?, ¿saben á qué profundidad bajo tierra estamos?

-Horas hace que por aquí andamos; -respondió uno de la comitiva.

-Pues bien, -replicó Rodríguez- sepan que nos hallamos ahora nada menos que 1400 metros dentro de la montaña. Sólo este salón tiene la friolera de 110 metros de largo.

Resolvimos, por fin, retirarnos de aquellas imponentes soledades. Íbamos ya saliendo de aquel intrincado laberinto de salones y corredores, cuando advertí á nuestra

izquierda otras grandes cavidades, que no habíamos recorrido; otros salones inmensos Y que no tienen nombre. Pareme más de una vez, ya para contemplar nuevos espacios, ya para descansar algún tanto de mi fatiga; fatiga consecuente á la preciosa carga de stalactitas y otras piedras que llevaba.

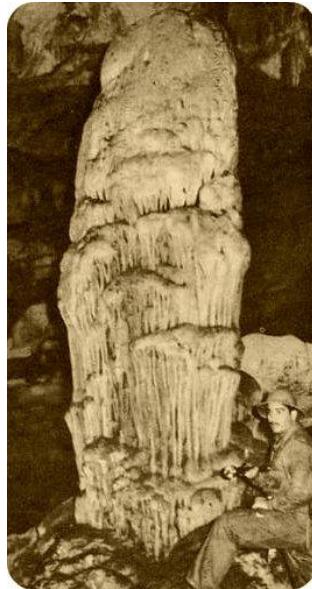
Continuando nuestra salida, llegamos al Arco Triunfal, desde donde divisamos un rayo de luz, que al parecernos sonreía. Vimos luego á lo lejos y entre bóvedas altísimas el azul del cielo, que por espacio de cuatro horas, parecidas á cuatro años, habíamos estado privados de contemplar. Finalmente llegamos al salón del Anfiteatro, subimos la escalera, y nos hallamos á la entrada del grande pórtico de la Cueva.

La tarde empezaba á declinar, y los rayos del sol iban á despedirse de los campos y de las hermosas colinas. Sin embargo, aprovechamos aquellos instantes, para contemplar desde lo más alto de la loma un dilatado y ameno paisaje. Realmente lo es.

Descúbrense desde allí, y con perfección, el valle del Cercado, el caserío é ingenio de Altagracia, grandes sabanas y las pintorescas lomas del fundo llamado Yaya, de Ananías y del Yucatán. Igualmente divisamos, con claridad, á Puerto Príncipe, descollando sobre su vastísimo poblado, los campanarios de la Merced, de la Soledad, San Francisco y otras torres y edificios principales.

Me causó tanta más impresión este espectáculo, en cuanto, saliendo de las entrañas de una montaña, de una región de sombras y de tinieblas; estábamos después contemplando desde su misma cúspide un contraste, el más vario y encantador.

¡Grandiosa Cueva del Círculo, valle ameno del Cercado, campiña de Cubitas y de Puerto Príncipe, jamás os borraréis de mi memoria!



Ídolo. Cueva del Indio

CUEVA DE TUABAQUEY

Cueva Grande del Tuabaquey - Cueva de Castellanos y otras menos notables - Famosos Paredones y Cangilones de Cubitas

No era mi ánimo hablar de otra cueva que de la del Círculo; sin embargo, diré algo de la Cueva Grande, por haberla recorrido. Se llama Cueva Grande, porque realmente era la más grande y la más importante en Cubitas, hasta que se descubrió la mencionada del Círculo. Se halla esta cueva á media legua al Norte del Barrio de la Entrada. Está situada en la gran loma del Tuabaquey, y su boca viene frente de la inmensa sabana que lleva su nombre.

Apenas el curioso viajero se asoma para presenciar su interior, cuando se le presenta una gran concavidad como la de un horno, pero de colosales dimensiones.

En el fondo de esa entrada, y frente del mismo boquerón, se hallan líneas grandes y encarnadas, á las cuales algunos han llamado signos ó jeroglíficos de los indios. He aquí por qué se llama, también, Cueva del Indio.

Prescindamos ahora de signos, que para mi nada significan, y sigamos adelante

en la narración, internándonos en la Gran Cueva. Dos son los ramales que se ofrecen al entrar en ella. Mirando los signos desde el boquerón, uno viene á la derecha y otro á la izquierda. El ramal de la derecha es el mayor, y llega á profundidades inmensas.

Iniciemos la exploración por éste, que es el más interesante, y descendamos unos 5 metros para llegar á la parte baja del salón primero ó entrada, donde hay un depósito de sabrosas y cristalinas aguas. Parece que está allí para que, haciendo alguna detención el viajero, admire desde aquel sitio los espacios inmensos que tiene á la vista.

A proporción que se desciende por aquel desfiladero subterráneo, queda el observador más y más sombrado. Yo, por una curiosidad, creo ahora culpable, desvieme algún tanto del camino para contemplar mejor aquellos espacios desde lo alto de una gran roca. ¡Ah! ¡qué espectáculo más imponente! ¡qué profundidades tan espantosas presencié!, ¡qué precipicios tan horrendos ví! Me parecía tener los abismos abiertos á mis pies. Aquel pavimento no es otra cosa que un caos de rocas y losas descomunales; una confusión de grandes peñascos desplomados de la más colosal y extendida de las bóvedas.

La débil luz que penetra por el boquerón apartado, lo ilumina todo de un modo fantástico y salvaje. Sirve únicamente para hacer algo visibles aquellas tinieblas profundas y misteriosas, que se divisan en la inmensidad de aquellos espacios. El más intrépido viajero se queda atónito y estático al contemplar desde lo alto de aquellas rocas, rodeadas de grietas y peligros, aquellos precipicios insondables, donde reina eternamente la oscuridad y el silencio.

A medida que íbamos bajando, no dejábamos de admirar lo más raro y sorprendente de la naturaleza. Unas veces se nos ofrecían á la vista esbeltas columnas y airochas pirámides como engastadas de piedras preciosas; otras, como pequeños departamentos, de cuyas bóvedas descendían stalactitas transparentes como el alabastro y de un primor exquisito en sus labores.

Habríamos llegado á la mitad del camino que forma la distancia desde el boquerón hasta perder de vista la luz, cuando hallamos un espacioso recinto. Era el Salón llamado de la Bóveda. Su entrada forma como un grande portal, cuyo arco tendrá 12 metros de elevación por 7 de ancho. Es el más espacioso y el que guarda mejores proporciones de todos los que luego vimos. Se parece á uno de los grandes templos por sus dimensiones considerables, dimensiones que no bajan de 50 metros de largo, 17 de

ancho y 25 de elevación. Su piso es llano, y sus paredes, perfectamente blancas como el mármol; viéndose en ellas infinidad de inscripciones que revelan la multitud de personas que desde muchos años han ido á visitar aquellos lugares. En la parte más elevada de su enorme bóveda, tiene elegantes y lucentes estalactitas, formando un conjunto de rosetones de exquisito primor y elegancia.

Poco antes de que perdiéramos de vista la débil y azulada luz que nos sonreía desde el remoto boquerón, nos llamó vivamente la atención el encuentro de una de aquellas cascadas cristalizadas, que embargan las facultades del observador por su naturalidad y hermosura. Formaba toda ella, no un solo salto ó derrame, sino varios que se sucedían y extendían graciosamente. Se veían tan brillantes con el resplandor de nuestras antorchas, que se parecían á las purificadas aguas, cuando reflejan sus destellos al través del sol. Íbamos después bajando más y más por aquellos riscos y peñascos envueltos en tinieblas, cuando encontramos un portal, cuyo arco estaba sostenido por gruesas columnas. Era la entrada del Salón llamado El Arenal. Grande y bonito se nos dejó ver aquel recinto á la luz de nuestras antorchas. Sus paredes son lisas y blancas; su piso es arenoso, cuya circunstancia le dió su calificativo. Sus dimensiones son respetables; sobre todo, su bóveda es elevadísima y sorprendente.

El último salón que vimos, después de haber llegado a profundidades que pasman, fue el salón llamado Sacristía. Su entrada es estrecha, pero en forma de arco; su piso pantanoso y sus dimensiones reducidas, exceptuando su elevación.

Abandonado este pequeño departamento, fuimos doblando siempre á nuestra izquierda, y después de mucha fatiga, llegamos á un lugar de espacios inmensos. En la parte más elevada, a una altura de más de 100 metros, y casi sobre nuestras cabezas, vimos un siniestro resplandor. Era la débil luz de un pequeño boquerón, semejante a la luna cuando en noche oscura y tempestuosa asoma algún tanto su faz alegre y risueña entre los densos y apiñados nubarrones.

Aquella débil luz parecía llamarnos y atraernos; pero no éramos aves nocturnas para subir volando por aquellos escarpados y sombríos riscos. Sólo nos sirvió para admirar mas y más los peligros de que estábamos rodeados. ¡Ah! ¡qué horrorosos abismos teníamos á la vista!, ¡qué grietas y profundidades tan espantosas estábamos presenciando! Sus bóvedas eran tan elevadas é inmensas, que se perdían allá entre las sombras y las tinieblas. En todas partes veíamos rocas y peñascos descomunales.

Creo que ni el estruendo de mil bombas que estallaran a la vez sobre nuestras cabezas producirían tanto estrépito, como el que resultara en la formación de aquellos anchos abismos, al desplomarse desde lo alto de sus inmensos techos aquellas rocas gigantescas, aquellos enormes peñascos.

Pareciéndonos imposible pasar más adelante, determinamos retroceder, poniéndonos uno tras otro y formando como una procesión de fantasmas, hasta descubrir la débil luz. Finalmente, cansados de tanto bajar y de tanto subir, llegamos al boquerón de la entrada.

Recobradas nuestras fuerzas al pie de la cristalina fuente, determinamos investigar el ramal que viene á la izquierda al entrar en la cueva. Este ramal es más estrecho que el de la derecha; y así como en el primero se baja siempre, en éste se sube. Poco contiene digno de atención: sólo se hallan algunos aposentos muy reducidos, cuyas bóvedas y paredes son algo brillantes.

Además de algunas columnas notables, observé algún derrame ó cascada cristalizada y de importancia; entre ellas, una que á más de ser muy brillante, forma bonitos relieves matizados de un color entre rosado y azul cambiante.

Hay una cosa muy temible en este ramal izquierdo, y es, un abertura vertical y profunda; un precipicio terrible; una insondable grieta que casi lo atraviesa todo á lo largo. Preciso es andar con sumo tiento para no resbalar, cuantas veces tiene uno que atravesarla. Es tan profunda, que dejando caer en ella una piedra, se la oye rodar por un rato, como si cayera de un precipicio á otro más considerable. Un fracaso nos sucedió después de habernos internado en este ramal, que paulatinamente se va angostando. Seguíamos por un paraje bastante estrecho, cuando el que iba adelante de todos lanzó un fuerte grito. Era que se le había apagado su luz con la ráfaga de un viento frío é impetuoso. No pasaron dos minutos, cuando sucedió otro tanto al segundo.

Pero al apagarse la luz del tercero, que era muy divertido, dió el grito de ialto! diciendo á un tiempo: -¡Caballeros! Alto; repito: -nadie pase más adelante. Mirad que aquí, en estos antros cavernosos, están encerrados el Euro, el Noto, el Bóreas, y todos los vientos reunidos. En soltándolos el dios Eolo, saldrán en escuadrones y con tanto tropel, que envolviéndonos y arrojándonos con furia desde el boquerón, iremos

bamboleando por los aires hasta caer en el mar, donde ellos se dirigen para mover las tempestades.

Nadie esperaba semejante relato; sin embargo, resolvimos salir de allí del mejor modo posible para no quedar en tinieblas, y exponernos á caer dentro de la grieta, que á nuestros pies abría un abismo insondable.

Pregunté luego si dentro de aquella terrible furnia ó abertura había nuevos salones, y un práctico respondió que se ignoraba, por ser muy difícil y sumamente peligrosa su investigación.

Salimos finalmente todos reunidos fuera de la cueva, y nos dirigimos con trabajo hacia la cumbre de aquella gran loma, que es una montaña respetable. Llegando allí, quedamos asombrados al contemplar desde lo alto de aquella despejada elevación un paisaje tan dilatado. Es un punto de vista que domina en todas direcciones y á muchas leguas de distancia.

A un lado, y en la misma dirección de la entrada elevada de la cueva, está la gran sabana del Tuabaquey, con el Barrio de la Entrada, y el Barrio del Cercado declinando al Norte. Valles los más amenos, erguidos palmares y bosques los más dilatados teníamos á la vista.

Al Sudoeste veíamos perfectamente la ciudad del Príncipe, y al Septentrión, descubríamos la inmensa playa del mar con una porción de cayos é islotes, que nos parecían grandes buques flotantes en medio de la extensión de las olas. El Cayo Coco era el que divisábamos más apartado y más al Noroeste. A este le seguía el gran Cayo Romano, que lo teníamos más cerca y más al Norte. Veíamos igualmente el delicioso Cayo Guajaba con su inmensa Bahía, y finalmente, la nombrada Península del Sabinal.

Si amenos eran los cayos y valles que descubríamos; pintoresca es la montaña del Tuabaquey. Es, sin embargo, trabajoso y temible su ascenso; pues toda ella está cubierta de agujereados peñascos erizados de infinidad de puntas como los arrecifes en las playas del mar. Compensa esta incomodidad el bello conjunto que ofrece aquel grandioso panorama, combinado con la blancura y pulidez de las marmóreas rocas y sus árboles tan verdes como lozanos.

CUEVA DE CASTELLANOS

Habiendo descrito la famosa Cueva del Círculo y la Cueva Grande, poco nos detendremos en describir las demás cuevas halladas en la tan dilatada, como amena Sierra de Cubitas.

La Cueva de Castellanos, situada en el Barrio de la Ermita Vieja, merece alguna atención, aunque no presente la grandiosidad de las anteriores. Distribuida en dos ramales bastante considerables, ofrece cuatro vistosos salones. Uno, perteneciente al ramal izquierdo, es digno de ser visto no tanto por su brillantez y grandiosidad; como por sus estalactitas que en forma de colgantes florones penden de su elevada bóveda.

En este mismo Barrio se halla la Cueva de Antoñuelo con cinco salones de regulares dimensiones, y que algunos consideran más interesante que la de Castellanos.

No faltan otras cuevas raras en esta famosa Serranía, como la del Río, en el Barrio del Cercado; la de María Teresa, en el Barrio del Corojo; y la de Bonet ó Mallorquino, junto á los Paredones.

Todos esos grandes trastornos de la naturaleza son dignos de ser visitados; y sobre todo, estudiados por los amantes de la Geología y demás ramos ó ciencias que con ella tienen relación.

LOS PAREDONES

Los Paredones. Después de haber hablado de los trastornos geológicos envueltos entre las sombras y las tinieblas, hablaremos ahora de otras bellezas de la misma naturaleza, dignas de mencionarse entre las que hermosean de un modo sorprendente la faz de la tierra. Bien podemos citar como tales, los Paredones de Cubitas, situados entre el Barrio de la Entrada y el de Limones.

A medida que el viajero, saliendo de San Miguel, se aproxima á ellos, queda más y más embelesado. No adelanta un paso, sin que vaya respirando un ambiente más puro, fresco y agradable. El aspecto encantador de aquellas peñas causa admiración; no se

cansa uno de mirarlas. Parecen el mármol pulimentado con el roce ligero de cristalinas aguas, ó más bien; las escarpadas rocas de las altísimas montanas graciosamente cubiertas con los diáfanos copos de la blanca nieve.

Mucho más sorprendente es su admirable conjunto cubierto con el sombrío verdor de árboles lozanos. Se me figuraba estar presenciando alguno de aquellos célebres panoramas que han sido la obra maestra de genios brillantes en la pintura. Pero no: ví más de lo que puede expresar el genio de un artista; porque las obras de los hombres no pueden igualar jamás á las maravillas de la creación.

A medida que nos internábamos en el bosque, las rocas, elevándose unas sobre otras, iban formando la más admirable de las montañas. Pareciome aquello un remedo de aquel grande acontecimiento, en que las aguas del Mar Rojo, abriendo paso á los perseguidos Israelitas, formaron como dos grandes muros con el cúmulo de las encrespadas olas. Así me creía ver aquellos peñascos graciosamente separados de nuestro camino por la mano de un Poder infinito. Observé, igualmente, que no cambiaba el nivel de nuestro piso; cambiaba sí el ambiente cada vez más fresco y apacible, producido por la oscuridad de amenas sombras.

Por una y otra parte del camino, como de 12 metros de ancho, dos grandes cerros habían sustituido á los peñascos marmóreos. Mejor diré: una gran montaña se nos había abierto desde el arranque de su misma base, para formar con sus grandes y prolongados riscos el valle más profundo y delicioso; valle enriquecido por la naturaleza con todos sus encantos y primores.

-¿Cómo se habrán formado, Padre, estos grandes Paredones? -preguntome uno de los compañeros, el curioso Mantillas.

-La formación de este grandioso monumento de la naturaleza, -contesté- revela el trastorno geológico que en tiempos remotos estremeció á esta Isla. Los ángulos entrantes de un lado, correspondiéndose con los salientes del otro, son un testimonio irrecusable de las fuertes sacudidas que han trabajado su suelo. La trepidación, mejor que la oscilación debió haber producido esta grandiosa galería descubierta, lo que indican la limpieza de sus tajados muros, su portentosa altura, y las huellas de su ancha y prolongada garganta. Esta caliza montaña cortada de una parte á otra en escarpa y como á pico, por una longitud de más de un kilómetro, causará siempre la admiración

del viajero, y será digna de las investigaciones de todo sabio geólogo.

Aquellos riscos son admirables, no sólo por su elevación sorprendente, sino porque están adornados con todo el atractivo y primores de las selvas. De todos los agujeros y rendijas de su inmensa y vertical altura salen infinidad de árboles los más verdes y lozanos. Desde el arranque de su base forman un pequeño arco para elevarse con majestad indecible, sin que su recto y torneado tronco roce con el vertical y marmóreo risco.

¡Ah! todo lo que veíamos allí era admirable. Lo que nuestras plantas cubrían no era duro pedregal, ni la arena del desierto abrasada con los rayos del sol ardiente; era la suave yerba de un verde prado alfombrado de ricas y olorosas flores; flores elegantes en sus formas, variadas en sus matices.

Una cosa me llamó últimamente la atención. -¿Qué significan, -pregunté al guía, D. Ramón Marrero- estos palitos equidistantes y cogidos en las breñas?

-Son escaleras, -respondió el conocido.

-¿Para subir quién, y adónde? -volví á preguntarle admirado.

-Para subir colmeneros, -replicó el interrogado; -pues hay quien anda tan sereno por esas breñas, como V. por la escalera de su casa. Si V. quiere saber hasta donde llegan estos hombres intrépidos, levante lo posible la cabeza; y habiendo observado aquellos agujeros de donde salen multitud de abejas, sabrá que hasta allí suben para castrar las colmenas que en ellos se hallan.

Mucho era el tiempo que habíamos empleado en recorrer aquella sorprendente soledad; cuando levantó la voz uno de los de la comitiva, recordando que era algo tarde para volver á San Miguel.

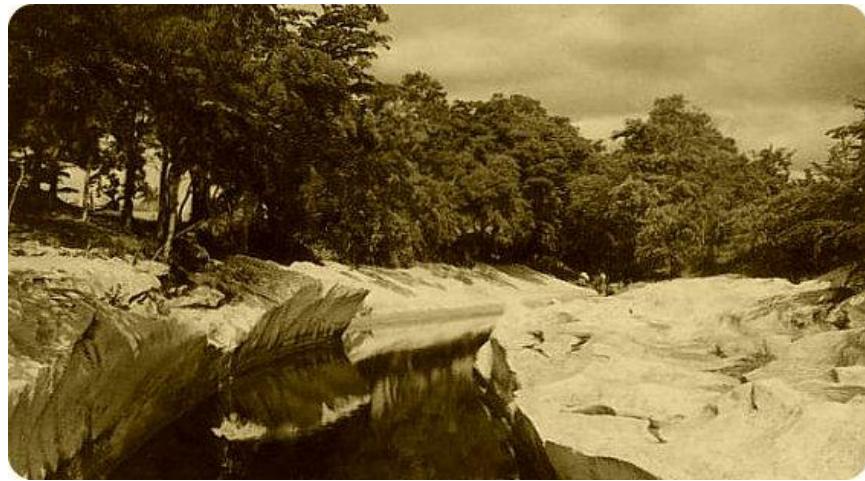
Habíamos salido ya del bosque, cuando las tinieblas de la noche sucedieron á los resplandores del rutilante Febo. Reinaba entre nosotros una satisfacción indecible con la perspectiva de las estrellas que brillaban en el firmamento, y la brisa que con beso suave acariciaba nuestra frente. Una infinidad de cocuyos cruzaban el aire sobre

nuestras cabezas, como para divertirnos y aumentar nuestro júbilo. Unas veces parecían seres misteriosos buscando algún siniestro destino; otras, por su mayor velocidad en su irregular vuelo fingían chispas desprendidas de astros luminosos.

Nos habíamos sentado al pie de unos arbustos para mejor contemplar los voladores coleópteros y el bello firmamento, cuando nos dijo el Sr. de Bustamante:
-Creo, amigos, que si ahora viniera un ateo y le obligáramos á decir la verdad, no podría menos de confesar la existencia de Dios al contemplar de fijo este cielo tan estrellado y encantador.

-Estoy en lo que V. dice, -contestó el P. Blas Gómez, que á la sazón formaba parte de la numerosa comitiva.

-¿Y quién no comprenderá, -continuó el distinguido Escolapio- que el hombre incrédulo no puede levantar los ojos al cielo sembrado de brillantes estrellas, sin que vea reprobada su impía doctrina con magníficos caracteres? Sí, amigos: dando por innegable la existencia de Dios; esos astros brillantes, esas lumbres inextinguibles son el polvo de sus huellas, que nos publican su poder infinito, su hermosura é inmarcesible gloria.



Cangilones del Río Máximo

LOS CANGILONES

Estaba asomando el día y el encendido crepúsculo de la mañana despuntaba en el horizonte, cuando salimos de San Miguel. Atravesamos la inmensa llanura, y al pasar por frente del Tuabaquey, el sol teñía con sus primeros rayos la cima del coloso; de aquel gigante de Cubitas, que alzando su gran mole, avanza en la inmensa sabana con majestad indecible.

El día era placentero, y la brisa soplaban blandamente. Los caballos marchaban con vigor inaudito, y los jinetes adquiríamos nuevos bríos respirando el aire fresco y agradable de los países tropicales. Doblando el Tuabaquey, seguíamos un camino cubierto de frondosos árboles, cuando se nos presentó un extenso prado, en cuyo fondo nos sonreía un grupo de casas campestres envueltas entre palmas y otros árboles esbelto. Era el Barrio del Cercado. Figuraba aquello un cuadro embelesante. Lo veíamos todo iluminado por los rayos del sol que despuntaba sobre la Serranía. Parecía el país de los encantos; el más ameno de los valles, coronado de pintorescas colinas, que me inspiraron todo el atractivo de la poesía, de la pintura y de lo bello.

Al despedirnos de D. Pedro Rodríguez, que allí vivía, continuamos otra vez el camino de los Cangilones, corriendo por aquellos senderos y verdes praderas, espantando pájaros y ahuyentando ganado. En la falda de una hermosa colina encontramos una espaciosa casa: creo sería de guano. Era como el punto de partida para atravesar una extensa sabana.

No bien habíamos salido de aquel albergue, cuando presencié un contraste inolvidable. El escuadrón de jinetes, á cual mejor, súbitamente se disparó por la sabana.

Fue aquello un contraste digno de ser visto. Me pareció un remedo de los árabes cuando con sus fogosos corceles cruzan los espacios del gran desierto. Nuestros ligeros caballos, lanzados al viento, se parecían á una bandada de gaviotas volando á flor de agua y refrescando su arqueado pico en la llanura del mar en calma.

Traspasado el distrito, nos detuvo la frondosidad de un bosque sombrío. Siguiendo luego una deliciosa vereda, percibimos un ruido como el que produce un viento impetuoso. Era el murmullo de las aguas del río Máximo. ¡Qué aguas tan

cristalinas las de aquel caudaloso río! ¡Qué márgenes tan pintorescas! Era aquello un Edén.

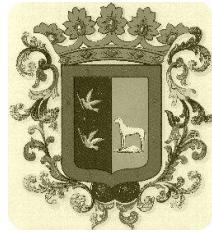
La frondosidad de su riquísima vegetación nos ponía á cubierto de los rayos del sol, y respirábamos un ambiente fresco, puro, y agradable. Allí observamos árboles ricamente floridos; el altivo y festivo dagame, el bonito atengue, y el corpulento, extendido y copudo roble, distinto del europeo. Todos á porfía, y en magnífica abundancia sembraban el suelo con sus fragantes y preciosas flores; blancas como la azucena eran las del primero, amarillentas las del segundo, y de un suave color rosado las del soberbio roble. Las aguas del río Máximo iban en algunos trechos cubiertas con aquellos ricos despojos.

Íbamos serpenteando entre los árboles de tan deliciosas márgenes, cuando llegamos á un sitio encantador; á un paraje en que el río iluminado por los rayos del sol, tanto sus aguas como su cauce parecían de plata. Eran los Cangilones del mismo río Máximo.

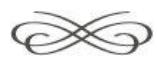
Aunque caudaloso, no se ve en él un fondo arenoso, ni oscuro; sino que todo su cauce es enteramente limpio, liso y blanco. Puede decirse que es una sola é inmensa laja de mármol. Parece que el continuo roce de sus cristalinas aguas, pobladas de róbalos y viajacas, lo ha pulimentado como el más bruñido jaspe.

Otra cosa hay singular, y es: que el mismo cauce se halla enteramente recto; como tirado á cordel. Es aquello más hermoso y atractivo que un canal artísticamente trabajado, tanto por su lecho singular, como por el adorno que ofrecen sus márgenes, donde se ostenta el verdor y la lozanía de árboles gigantescos enlazados con vistosas lianas, pendientes guajacas y curujeyes en flor. Prescindiendo de unos grandes surtidores de agua cristalina que tiene en una de sus márgenes, lo más digno de notarse son unas cavidades regulares en forma de baños ó cangilones, bien formados y bruñidos.

Todo aquello viene á ser una eminencia compacta de mármol blanco y pulimentado. Esto es lo principal que puede decirse de los célebres Cangilones de Cubitas, situados en medio de aquella frondosa Sierra, que en su dilatada extensión de ocho leguas, ofrece las montañas más pintorescas y los valles más amenos de Cuba.



*Tomado de la obra *El Camagüey: viages pintorescos por el interior de Cuba* (Caps. XV-XVI)
Antonio Perpiñá. 1886



BIBLIOTECA DIGITAL CUBANA